

■ Juan Antonio Ramírez

*Eugenio Carmona Mato*

A finales del siglo XVIII, el poeta y escritor Johann Wolfgang Goethe escribió sobre el historiador del arte Johann Joachim Winckelmann: *El carácter personal de muchos hombres, y especialmente de los académicos y eruditos, tiende a desaparecer cuando miramos sus logros, en el caso de Winckelmann es precisamente todo lo contrario: todo lo que él produce es grande y destacable porque en todos sus logros nos desveló su propio carácter.* Y a principios del siglo XIX, el filósofo Georg Friedrich Hegel, retomó las consideraciones de Goethe para afirmar: *A muy pocos intelectuales les ha sido concedido lo que le fue concedido a Winckelmann, algunos han realizado comentarios interesantes, pero Winckelmann verdaderamente creó algo nuevo y supo abrir frescas perspectivas en el mundo del arte.*

En los orígenes mismos de la modernidad, un historiador del arte fue reconocido por un poeta y por un filósofo como un verdadero elemento integrador, elucidador y promotor de la creación artística, capaz de establecer un nuevo rumbo en los fundamentos del conocimiento histórico y de la experiencia estética.

Los elogios recibidos entonces por Winckelmann creo que pueden ser aplicados hoy a Juan Antonio Ramírez. Los escritos de Juan Antonio Ramírez poseen el don de la grandeza y la virtud de lo singular porque en ellos se trasluce la personalidad de su autor, y a muy pocos intelectuales y escritores sobre arte de nuestro tiempo les ha sido concedida, como a Juan Antonio Ramírez, la capacidad de abrir frescas y fecundas perspectivas en la comprensión de la creación artística.

La modernidad, de la que Winckelmann, Goethe y Hegel son genuinos iniciadores, puso de manifiesto la complejidad del sistema de las artes. Una complejidad que tiene en el objeto artístico el indiscutible vértice de su pirámide, pero que se articula *sine qua non* en el sistema de intercambios establecido entre creadores, coleccionistas, marchantes, gestores de museos y exposiciones, críticos, historiadores, promotores, sectores de público, etc. Se trata de una complejidad en la que situarse con personalidad propia e insobornable no es posible si no es a través de un esfuerzo continuo y sostenido, capaz de mantener viva, como en caso de Ramírez, una de las premisas de largo alcance también heredera del pensamiento ilustrado: *nulla estetica sine ethica*.

El trabajo de Juan Antonio Ramírez ha tenido como fundamentos dos consideraciones. Ha creído siempre Ramírez que la creación artística y la experiencia estética son bienes inalienables de la condición humana y, así mismo, Ramírez ha tenido siempre presente que estos bienes o eran compartidos por todos

o dejaban de tener razón de ser. Y es por ello que para Ramírez una de las tareas ineludibles del Historiador del Arte tiene que ser no la de validar las producciones artísticas como elementos de diferenciación de las clases sociales, sino, precisamente, lo contrario: la de fomentar el disfrute estético entre los que han sido privados de ello por su origen o por sus circunstancias.

Juan Antonio Ramírez pertenece a una generación intelectual que yo estimaría decisiva en la historia contemporánea española. Hubo que tener un temple especial para surcar los cambios de mentalidad necesarios para vencer al franquismo e implantar la democracia. Hubo que tener un sólido sostén intelectual para vivir el momento en que las culturas nacionales comenzaban a enfrentarse a los imperativos de la mundialización. Hubo que tener un especial talento para mantener clara la mente ante la quiebra de los grandes relatos epistemológicos y no sucumbir en las requisitorias del pensamiento débil. Y, en fin, hubo que tener la inteligencia despierta para afrontar la disolución de la propia idea de cultura en el horizonte de los medios de masas y de la denominada cultura visual.

Ante todas estas situaciones Juan Antonio Ramírez ha sabido ofrecer siempre una respuesta hábil, lúcida, compleja, poliédrica, conciliadora de puntos de vista y abierta a la asunción crítica de los cambios sociales. Entre nosotros, entre el club de los historiadores y los críticos de arte, Ramírez ha sido sin duda el más traducido a otras lenguas, el que mayor número de veces ha sido invitado a centros de investigación internacionales de primera línea (del Warburg Institute al Getty Center), el más premiado y, sobre todo, el más prolífico: más de treinta libros en poco menos de treinta años de labor crítica e investigadora. Y hablo de libros, excluyendo artículos, colaboraciones y textos breves. Tal capacidad de trabajo creo que sólo encuentra en el propio Pablo Picasso su parangón. Y como en Picasso, al ofrecer este dato no sólo interesa el número sino la intensidad y la diversidad de lo aportado.

En los orígenes mismos de Juan Antonio Ramírez como crítico, historiador y ensayista están situados los vectores de su diferencia. Al interesarse desde un primer momento por la urgencia estética surgida de la implantación de los medios de masas, Ramírez no solo se convirtió en un pionero internacional en la valoración de este tipo de aportaciones, sino que vislumbró la manera en la que toda nuestra comprensión del pasado quedaba redefinida, ofreciéndonos en su libro ***Medios de masas e historia del arte*** los instrumentos necesarios para ejercer una conciencia crítica, plena de lucidez, de nuestro propio entorno.

Pero, la inteligencia de Ramírez consistió en no detenerse ante lo tratado. Ramírez no se convirtió en un mero especialista académico en los *mass media*, sino que lo vertido en su prodigioso libro fue proyectado como una auténtica y eficaz arma epistemológica para entender la producción artística a lo largo de la Historia.

Desde este punto de partida, a la largo de su ya dilatada trayectoria, Ramírez nos ha enseñado muchas cosas. Si pudiera enunciar algunas de ellas, diría que Ramírez nos ha enseñado que el carácter aurático de las obras de arte consagradas no debe ocultarnos con su resplandor la valía que encierran propuestas tenidas por marginales o exteriores a los sistemas de valoración convencionales y, que por tanto, las distinciones entre alta y baja cultura son espurias y quizás impostoras. Nos ha ensañado Ramírez que el imaginario visual es una forma de autorreconocimiento de la naturaleza humana, y una forma de autorreconocimiento privilegiada, pues a la creación artística le está permitido actuar con resortes y premisas denegadas a otras actividades. Y nos ha enseñado Ramírez, también, que el significado de las imágenes y de las formas artísticas cambia a lo largo de la historia y en



función de los imaginarios individuales y colectivos desarrollados en sucesivos tiempos y lugares. Y, sobre todo, yo diría que Ramírez nos ha enseñado algo muy importante, nos ha enseñado a no tener miedo de nuestra propia experiencia estética como quien no debe tener miedo de la naturaleza de sus propios deseos. Nada ni nadie puede coartarnos lo positivo de nuestra relación estética con las cosas y el mundo. Es más, y espero acertar con lo que digo, ni tan siquiera el propio mundo del arte debe situarse ante nosotros como un paradigma impositivo que nos condicione canónicamente nuestra forma de ver y de sentir. La experiencia estética es siempre una experiencia abierta a su propia realización.

Es por ello que Juan Antonio Ramírez nos ha ensañado a valorar con intensidades, si no semejantes sí del mismo calibre, tanto la arquitectura imaginada por un erudito barroco, como la arquitectura efímera de un escenógrafo cinematográfico o la creación más egregia de un arquitecto universalmente reconocido. Y si he elegido la arquitectura bien pudiera también haberme referido a las artes plásticas: Ramírez nos ha enseñado a valorar, aunque no sean cosas estrictamente semejantes, tanto la viñeta ilustrada en una revista como el gran arte de Picasso, tanto los ready-mades de Duchamp como las esculturas espontáneas de un autor outsider o los trabajos manuales de un ensimismado y disfrutón *bricoleur*.

También Juan Antonio Ramírez nos ha enseñado **cómo escribir sobre arte y arquitectura** y ha elevado la capacidad de divulgación a las más altas cotas de encuentro entre las exigencias científicas y la facilidad de comprensión; todo ello, además, promovido incesantemente por alguien que nunca ha dejado de ser artista él mismo y que ha comprendido siempre las aspiraciones de la Historia del Arte en el capítulo de los géneros literarios.

Cuando se recuerdan libros como **Construcciones ilusorias, Edificios y Sueños** o **La Arquitectura en el cine**; cuando se tienen cerca sus monografías sobre **Duchamp, Le Corbusier, Picasso, Dalí** o **Gaudí** o cuando se siguen con atención sus numerosos escritos en las más comprometidas publicaciones de arte actual, uno siente palpitar siempre, sin decaimiento, con intensidad, la presencia de algo afortunadamente revelador y transformador. Y se trata de un sentimiento parecido o equiparable al que uno siente ante las obras de Pablo Picasso.

*Palabras pronunciadas por el Catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Málaga Pf. Dr. D. Eugenio Carmona Mato en el acto de entrega del premio Pablo Ruiz Picasso de la Junta de Andalucía al Catedrático de Historia del Arte, ensayista y escritor Pf. Dr. D. Juan Antonio Ramírez. Málaga, octubre de 2004.*